

Aprendizajes escolares en cuarentena... mutaciones, pérdidas y certezas

Lucia Beltramino

CONICET- CIFFyH. UNC

lucibeltramino@gmail.com

Resumen

El presente artículo tiene como objetivo reflexionar y visibilizar algunas mutaciones y pérdidas que han acontecido en las prácticas educativas escolares, en el contexto de la pandemia y como resultado de la decisión político-sanitaria de suspender las clases presenciales para evitar la propagación del virus COVID-19. Haciendo «zoom» en las prácticas educativas escolares, podemos encontrar algunas certezas que desnuda la pandemia en este mar de incertidumbres, certezas provisorias y construidas a la luz de los acontecimientos. Las que abordamos refieren a las mutaciones en el espacio y tiempo escolar, en las estructuras de apoyo para aprender y en las emocionales.

Este artículo no busca mostrar que todo tiempo pasado fue mejor, aunque puede leerse en él un dejo de nostalgia y de extrañeza (en el doble sentido de extrañar y extraño) de la escuela. Sin embargo, se intenta revalorizar algunas dimensiones de la escuela como institución de cuidado. En este sentido, es posible que los condicionamientos actuales nos permiten poner en valor lo que ocurría en las escuelas antes de la pandemia, y también reconocer las invenciones que, a la luz de los acontecimientos y en la urgencia, fueron construyendo los docentes para dar continuidad pedagógica a los aprendizajes.

Palabras clave: Pandemia- Aprendizajes- Estudiantes- Estructuras de apoyo

Introducción

Una pandemia acecha al mundo desde comienzos del 2020 y nuestras vidas se encuentran patas para arriba. La incertidumbre acompaña nuestros días mientras nos encontramos aislados en nuestras casas, atemorizados por un virus desconocido, altamente contagioso, y plagados de preguntas acerca del después, el pos-pandemia; porque, a decir verdad, no sabemos cómo será el futuro del mundo, de nuestra salud, la vida diaria, trabajo, economía, relaciones sociales y de la escuela.

El 15 de marzo del 2020 Alberto Fernández, presidente de Argentina, anunció la suspensión de la concurrencia presencial a clases con la intención de minimizar el tránsito de estudiantes, docentes y, por ende, del virus. Aclaró que no eran vacaciones, que las escuelas seguirían atendiendo obligaciones colaterales relacionadas con la alimentación de los estudiantes y que, de algún modo, se daría continuidad pedagógica al proceso de aprendizaje. Días más tarde, el 20 de marzo, se estableció el aislamiento social preventivo y obligatorio, por el cual todas las personas debían permanecer en su domicilio, sin asistir a los lugares de trabajo, y solo pudiendo salir a hacer compras esenciales: medicamentos, alimentación y limpieza. Con el transcurrir de los meses, la llamada cuarentena se fue flexibilizando; sin embargo, una de las pocas actividades que no se retomó en esta «nueva normalidad» fue la escolar, y no tenemos certezas de cuándo ocurrirá, ni de qué modo va a ser el retorno a las clases presenciales.

Ante esta situación inédita que nos atraviesa a todes, desde el Ministerio de Educación de la Nación se decidió sostener la escolaridad, con la modalidad de aprendizaje en el hogar comandado por la escuela (Terigi 2020), mediado por diferentes tecnologías, desde cuadernillos en soporte papel y actividades

impresas en las escuelas, hasta aulas virtuales y redes sociales, dependiendo de las posibilidades de acceso de la población.

Si bien desconocemos cómo será este futuro, haciendo «zoom» en las prácticas educativas escolares podemos encontrar algunas certezas que desnudan la pandemia en este mar de incertidumbres, certezas provisorias y construidas a la luz de los acontecimientos. En este artículo abordamos algunas que están relacionadas con las mutaciones y pérdidas que este escenario impone al aprendizaje escolar.

La mutación del espacio y tiempo escolar: el lugar del estudiante

La escuela moderna se institucionalizó como un espacio otro, un espacio cerrado, al decir de Dubet (2006), por fuera del mundo, destinado exclusivamente a la formación. Esta institución de encierro, que posee normas de funcionamiento exclusivas de lo escolar -aunque con semejanzas a la iglesia-, construyó un uso específico del espacio y el tiempo, y dio a niñas y jóvenes el estatuto de estudiantes.

El tiempo y el espacio para ser estudiantes es una pérdida que se generó con esta pandemia. Retomando los aportes de Masschelein y Simons (2014), la escuela crea un tiempo y un espacio desvinculado de lo productivo y también del hogar: se permite en este «lugar fuera del mundo» dejar de ser hijo para ser estudiante y, en tal sentido, genera igualdad:

... para nosotros, el acto principal y más importante que «hace escuela» tiene que ver con la suspensión de un presunto orden natural desigual. En otras palabras, la escuela ofreció tiempo libre, es decir, tiempo no productivo, a quienes por su nacimiento, por su lugar en la sociedad (por su «posición») no tenían derecho a reivindicar... También fue un tiempo igualitario y, por lo tanto, la invención de la escuela puede describirse como la democratización del tiempo libre. (Masschelein y Simons, 2014, p.28)

En el mismo sentido, Larrosa (2019) hace un elogio al aula al considerarla el dispositivo escolar por excelencia. Allí se genera tiempo para aprender, se producen encuentros, tienen lugar la lectura, la escritura, las imágenes; pero, sobre todo, representa un gran espacio donde se suspenden las desigualdades y los sujetos allí presentes se convierten en estudiantes, lo cual gesta una igualdad singular que ocurre exclusivamente en ese tiempo de presencias en el aula.

En este sentido, no hay otro espacio para aprender, ya que en el caso Argentino se tomó la decisión política y sanitaria de suspender las clases presenciales en los edificios escolares. Por lo tanto, la escolarización debe ocurrir en el hogar, dirigida por los docentes y acompañada por las familias.

Si bien la oferta educativa en nuestro país es muy diversa y hay circuitos específicos para los distintos sectores sociales, el poder asistir al espacio escolar habilita el encuentro con otros y con determinados bienes culturales que, para muchos, serían inaccesibles si no fuera por la presencia de la escuela. Una gran cantidad de estudiantes en nuestro país acceden a internet, a dispositivos tecnológicos y a libros solo en el edificio escolar.

Asimismo, la situación que estamos atravesando genera nuevas desigualdades ya que se clausura el espacio escolar entendido como lugar y tiempo de igualdad. Es importante aclarar que reconocer a la escuela como tal, no es afirmar que haya reducido las desigualdades sociales y económicas, desigualdades que también se recrudecen con la pandemia y el aislamiento. En el ámbito educativo, tomar como opción la educación a distancia mediada con tecnologías aumenta las desigualdades precedentes en tanto posibilidades de acceso materiales y simbólicas. Como afirma Sarlo (2020), lo virtual en contextos de desigualdad puede ser despiadadamente anti igualitario.

La educación por las redes no equivale a la presencia comunitaria de los maestros y profesores, sobre todo para los chicos y jóvenes cuyas familias, por carencia y marginación, no pueden ni desempeñarse eficazmente como reemplazo, ni completar los vacíos metodológicos que las redes, aunque parezcan mágicas, abren. Así quedan subrayadas, una vez más, las diferencias sociales y

culturales, porque las redes no son una máquina de distribución equitativa. Como al mercado, cada uno entra en ellas con lo que trae de otra parte. Es evidente que el aula virtual funciona de un modo en los hogares donde, antes, otras aulas no virtuales han ejercido su influencia sobre los adultos. (2020, p.111)

En tanto no contemos con el espacio y tiempo escolar de igualdad, que da lugar al ser estudiante, hoy aprender desde los hogares complejiza la posibilidad de dejar de ser hijo y, en esa posición, los aprendizajes quedan regidos y subsumidos a las lógicas y posibilidades de cada familia. Ahí se abre, nuevamente, la ventana de las desigualdades.

La mutación de las estructuras de apoyo para aprender

En el 2019, el equipo de investigación «*Sentidos y significados acerca de aprender en las actuales condiciones de época: un estudio con docentes y estudiantes de educación secundaria en la ciudad de Córdoba*»¹ realizó, como parte de su proyecto, una encuesta a estudiantes que asisten al último ciclo de la educación obligatoria -en la ciudad de Córdoba-, con la intención de indagar acerca del aprender en el mundo pre-pandemia. Al cuestionario semiestructurado respondieron un total de 1520 estudiantes; en esta oportunidad analizaremos las respuestas a una pregunta abierta en la que les solicitamos que contaran una situación en la que un docente colaboró para que aprendieran.

Por consiguiente, resulta pertinente en el actual contexto, recuperar estas respuestas ya que las situaciones relatadas por los estudiantes hoy no serían posibles.

La amplia mayoría (1155 en total²) afirmó que un docente colabora para que aprendan cuando les explican nuevamente un contenido, cuando dedican tiempo extra de la clase para una nueva explicación, y destacan la atención individualizada remitiendo una y otra vez a la frase «se sentó conmigo», es decir, a la situación en la que el docente orienta y resuelve dudas específicas, atendiendo así la individualidad en la grupalidad. Además, señalaron la importancia de contar con otros canales de comunicación que funcionaron como medios alternativos para evacuar dudas, fundamentalmente el correo electrónico y los mensajes por WhatsApp; en otras palabras, los estudiantes valoraron la posibilidad de una comunicación sincrónica y asincrónica -en especial antes de las instancias de evaluación- por fuera del tiempo de la clase presencial. Podríamos reconocer que los estudiantes relacionan el aprender con el tiempo para hacerlo, con una idea de proceso que no ocurre de una vez en el aula presencial, con una primera explicación. En estas respuestas podemos ver que se valora la figura docente como quien andamia y acompaña el proceso de aprender.

Es decir, tiempo, presencia, disposición, el espacio escolar, el aula, son las cuestiones valoradas por los estudiantes. Justamente, lo que hoy, se encuentra trastocado.

¿Es posible atender los procesos grupales e individuales en las clases virtuales por Zoom, por Google Meet? ¿Cómo se reemplaza hoy esa acción de «sentarse en el banco», junto al estudiante, para escucharle? La comunicación por correo electrónico o WhatsApp eran valoradas como complemento de los encuentros presenciales, pero ¿qué pasa hoy cuando estos son los únicos canales de comunicación con los docentes? ¿Qué siente el estudiante cuando el único contacto que tiene con la escuela es a través de un cuadernillo construido de forma homogénea, que no atiende singularidades? ¿Cómo aprenden los estu-

¹ Proyecto radicado en el Centro de Investigaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades. CIFYH. Aprobado y financiado por SeCyT. UNC. (Res. Secyt 472/18) Dirigido por Patricia Mercado y Co-Dirigido por Natalia González

² A modo de ejemplo retomamos algunas de las respuestas de los estudiantes que sostienen que los docentes les ayudan a aprender: «Cuando no entiendo un tema y explica varias veces, se sientan al lado mío», «Ponen el tiempo necesario para que yo llegue a comprender mejor un tema», «Los profesores son muy considerados, me ayudan todos, hasta tenemos comunicación por whats.», «Los profes nos pasan sus mails por si quedaron dudas que no se resolvieron en clase.», «En general los docentes se esfuerzan para que entendamos, por ejemplo: cuando un ejercicio no me sale, generalmente el/la profe se sientan conmigo y lo hacen, me ayudan para que entienda. O cuando se dan devoluciones bien profundas de las evaluaciones para que nos vaya mejor en la próxima evaluación», «Cuando el profesor da un tema que a veces no entiendo y le pido que me explique y él se toma todo el tiempo necesario para poder que yo entienda.»

diantes si solo reciben un conjunto de tareas que deben realizar y presentar para «ponerse al día»? ¿Cómo reconocemos, sin ver los rostros, sus señas, sus cuerpos, a aquel estudiante que no está conectado o se desconectó de la propuesta? ¿Cómo sabemos si el otro está ahí si no se encienden cámaras ni micrófonos?

Estas preguntas, así como las voces que recuperaremos de les estudiantes, no significan una imposibilidad: son una invitación a detenernos a pensar y repensar el modo en que estamos construyendo nuestras propuestas de enseñanza en este contexto, y qué nuevas estructuras de apoyo podemos/debemos construir para que los aprendizajes ocurran y se atienda el derecho a la educación.

El colectivo docente dio respuesta inmediata a la contingencia, trabajando mucho más tiempo, ajustando planificaciones, redefiniendo contenidos prioritarios, estrategias de comunicación y estrategias de enseñanza a entornos virtuales que hasta entonces, para muchos, eran desconocidos. Ya respondida la urgencia, tal vez sea necesario detenernos a revisar nuestras propuestas en clave de derecho a la educación, buscando garantizar que todes, les que cuentan con acceso a internet y dispositivos tecnológicos así como aquellos que no, puedan construir aprendizajes y no quede nadie «desconectade» de la escuela.

Las mutaciones en las estructuras de apoyo emocionales

La escuela es un espacio de encuentros y construcción de lazos, lazos con la cultura y con otros. Es el espacio privilegiado para enseñar y aprender a vivir con otros diferentes, parecidos, que elegimos y que no elegiríamos, el lugar de encuentro con amigos y no tanto. En nuestro país, podemos reconocerla como institución de cuidado de las niñas y juventudes: se ocupa de la alimentación de les estudiantes,³ de su salud psíquica, de su bienestar general y de su función principal, es decir, de construir situaciones de aprendizajes.

Es necesario recordar que muchos encuentran en la escuela quien les mire, las tristezas, los dolores, los abusos sexuales, las violencias, reconozcan sus ausencias y presencias. Algunas escuelas cuentan con consejerías, centros de estudiantes, gabinetes psicológicos, como espacios específicos de cuidado; otras, con docentes y equipos directivos dispuestos al cuidado integral de les estudiantes. Sin embargo, las estructuras de apoyo que cada institución escolar construye para atender a las necesidades de les estudiantes, los espacios de encuentro y escucha, hoy están cerrados.

¿Se puede, con la mediación de la tecnología, sostener esas miradas atentas y amorosas de cuidado? ¿Y los espacios de escucha, a fin de seguir tejiendo lazos? Reconocer la importancia que tiene la escuela en el cuidado de les estudiantes nos obliga a inventar nuevas estructuras para continuar cuidando a les niñas y jóvenes, a no abandonarles en este contexto tan complejo, de dolor social, donde se ha agudizado la pobreza o las violencias familiares.

Retomamos aquí esta cuestión, ya que en las respuestas del cuestionario implementado en el año 2019 les estudiantes relacionaron la posibilidad de aprender con el sentirse parte de una trama de vínculos basados en la confianza. Frente a la pregunta ya mencionada, donde les solicitamos que contaran una situación en la que un docente colaboró para que aprendieran, relataron situaciones donde hubo presencia, escucha, diálogo, comprensión, confianza, reconocimiento y oportunidades⁴.

³ Si bien los edificios escolares se cerraron para el dictado de clases, el personal directivo y administrativo asiste para continuar brindando alimento a estudiantes y familias, entregando el llamado «Módulo alimentario».

⁴ A modo de ejemplo retomamos algunas de las respuestas de les estudiantes que sostienen que les docentes les ayudan a aprender: «Una profesora una vez tuvo en cuenta mis problemas personales y me dejó posponer la prueba que había ese día.», «Mi Maestro Castro siempre nos da consejos y siempre nos apoya aunque estemos en una situación complicada, siempre atento en todo.», «Sí cuando falté por problemas personales todos me ayudaron.», «Yo tengo una hija de 4 años y por no tener con quien dejarla tuve que llevarla al cole y llegaba siempre a un punto que se cansaba de estar en el curso y lloraba y varios profesores me ayudan con ella dándole tizas para que dibuje e incluso hasta llegaron a prestarle su celular.», «La profe Laura me ayudó a preparar una clase y fue una hermosa experiencia ya que me dio confianza y me dijo que yo era capaz.».

Sus relatos nos muestran que mirarles y escucharles, reconocerles en su individualidad y situaciones que les atraviesan, habilitaría los aprendizajes esperados por la escuela. Podríamos afirmar que estas prácticas de cuidado se traducen en situaciones de inclusión educativa, que habilitan la posibilidad de estar, permanecer en la escuela y aprender, estar en un lugar que acoge, reconoce y, en especial, no expulsa. Entonces, resulta paradójico pensar que las escuelas se cerraron como parte de una política sanitaria de cuidado pero, a su vez, en sí misma funciona como espacio de cuidado.

A modo de cierre provisorio: algunas certezas y aprendizajes que vamos construyendo en la pandemia

Cuando el COVID-19 se expandió por el mundo se construyó cierta ilusión de que, frente al virus, éramos todos iguales. Sin embargo, aprendimos que la distribución, impactos y consecuencias del virus son tan desiguales como la distribución de bienes materiales y simbólicos en nuestra sociedad. Como afirma De Sousa Santos:

Las pandemias no matan tan indiscriminadamente como se cree... Gran parte de la población mundial no está en condiciones de seguir las recomendaciones de la Organización Mundial de la Salud para defenderse del virus, ya que vive en espacios reducidos o muy contaminados, porque está obligada a trabajar en condiciones de riesgo para alimentar a sus familias, porque está detenida en cárceles o en campos de internamiento, porque no tiene jabón ni agua potable, o la poca agua disponible es para beber y cocinar, etc. (2020, p.66)

Sabemos con certeza que la pandemia genera una profundización de las desigualdades y, en el ámbito educativo, nos encontramos con estudiantes «desconectados» de las escuelas y los aprendizajes porque no cuentan con los recursos para hacerlo, no tienen conectividad, dispositivos tecnológicos ni apoyo familiar. Pero también hay estudiantes «desconectados» de esta nueva modalidad educativa, estudiantes que encontraban en la escuela, en el espacio y tiempo escolar, la posibilidad de construir lazos, vínculos con otros y con los aprendizajes escolares; que se sentían parte de un colectivo, miradas, escuchadas y hoy, en esta modalidad, han experimentado una ruptura de ese lazo.

Este artículo no intenta mostrar que todo tiempo pasado fue mejor, aunque puede leerse en él un dejo de nostalgia y de extrañeza (en doble sentido de extrañar y de extraño) de la escuela. Intentamos revalorizar algunas dimensiones de la escuela como institución de cuidado, que por lo general es cuestionada, de manera que sus prácticas y docentes se encuentran en el ojo de la tormenta. Creemos que el cierre de los edificios escolares y el traslado de lo escolar al hogar, visibilizó las múltiples tareas que se hacen en las escuelas, y las propias de los docentes que van más allá de la especificidad de la enseñanza. Es posible que este tiempo nos permita poner en valor lo que ocurría, pero también reconocer las invenciones que, a la luz de los acontecimientos y en la urgencia, fueron construyendo los docentes para dar continuidad pedagógica, para que sus estudiantes sigan aprendiendo.

Entre lo viejo y lo nuevo se abre una posibilidad, tal vez, de reinención de prácticas para la escuela pospandemia, prácticas que intentan acortar las brechas agudizadas por el virus, prácticas que incluyan, cuiden y generen aprendizajes valiosos, que incorporen todo lo que aprendimos con y de las tecnologías. Asimismo debemos reconocer que con muchos estudiantes las tecnologías, en este contexto, son las que nos han permitido sostener el lazo con la escuela. Sin embargo, hay algo que no pueden suplantar y es la experiencia de estar juntas, compartiendo el tiempo y el espacio escolar, de estar con otros aprendiendo, del docente que se «sienta en el banco» con los estudiantes para explicarle, escucharle, cuidarle. Tampoco hay reemplazo para las miradas y abrazos con los amigos de la escuela, las risas, el patio. Las tecnologías habilitan otras y nuevas experiencias, pero no las mismas que ocurren en las escuelas de forma presencial.

Para cerrar, recuperamos una escena, de una clase virtual, relatada por una docente de Córdoba, de artes visuales de nivel primario: «Empiezo la clase por Google Meet a las 10 de la mañana con cuarto grado. Saludo y pregunto como están, y una nena dice que está muy triste porque su abuela murió de Covid. Se larga a llorar. Su malestar era evidente, lo que la llevó a contarlo sin reparos. Me tomó por sorpresa. No sabía nada y sus compañeros tampoco, puedo verlo en sus caritas en la pantalla o al menos intuir, porque por el número de estudiantes en la pantalla de mi netbook no logro ver con tanta claridad. Sin saber qué decir y qué hacer, le sugiero que apague la cámara, vaya a lavarse la cara y vuelva a la clase cuando se sienta mejor. Si hubiésemos estado en el aula presencial no hubiese hecho eso, yo y sus compañeros seguramente la hubiéramos abrazado y contenido y, tal vez, la clase de artes visuales hubiese cambiado su rumbo, terminamos dibujando el virus, no sé.»

Esta escena capta algo de nuestros sentires. Sin saber cuándo volveremos a las aulas presenciales ni cómo será la escuela de la pos-pandemia, una de nuestras mayores preocupaciones son los estudiantes «desconectados», en tanto no sabemos si volverán ni cómo lo harán. Sin embargo, seguramente construiremos nuevas estructuras de apoyo y reinventaremos las viejas para sostenerles en su escolaridad, creando oportunidades de aprender.

Referencias bibliográficas

- De Sousa Santos, B. (2020) *La cruel pedagogía del virus*. http://209.177.156.169/libreria_cm/archivos/La-cruel-pedagogia-del-virus.pdf
- Dubet, F. (2006). *El declive de la institución: profesiones, sujetos e individuos en la modernidad*. Gedisa.
- Larrosa, J. (2019). *Esperando no se sabe qué. Sobre el oficio de Profesor*. Noveduc.
- Sarlo, B. (2020). Depende de nosotros. En *El futuro después del COVID-19*. (p. 109-114). Presidencia de la Nación. https://www.argentina.gob.ar/sites/default/files/el_futuro_despues_del_covid-19_0.pdf
- Simons, M., Massechelein, J. (2014). *Defensa de la escuela. Una cuestión pública*. Miño y Dávila.
- Terigi, F. (2020). Aprendizaje en el hogar comandado por la escuela: cuestiones de descontextualización y sentido. En Dussel, I., Ferrante, P., Pulfer, D. (comps.). *Pensar la Educación en Tiempos de Pandemia. Entre la emergencia, el compromiso y la espera*. Unipe Editorial Universitaria.

Lucía Beltramo

Licenciada y Profesora en Ciencias de la Educación. Doctoranda, becaria CONICET. Investigadora del Centro de Investigaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades. Docente en la cátedra Taller de estrategias de estudio e investigación en la Escuela de Archivología. Facultad de Filosofía y Humanidades. UNC